

popular, y á los cuales no podía tocar. Esto por lo que toca al aspecto legal del asunto; en cuanto á las consideraciones de conveniencia, había muchas que hubieran debido hacer que Juárez, no diese á conocer tan pronto sus intenciones respecto de Ortega, pues éste, despechado, podía desde ese momento haber negado toda ayuda á Juárez, impedir que las tropas de Zacatecas siguiesen la campaña, con lo que tal vez el Presidente hubiera caído en poder de las tropas de Quiroga que le perseguían al salir del Saltillo. Pero el *tinterillo* fué noble y dió más de una lección de generosidad é hidalguía al abogado.

III

No pudiendo sostenerse Juárez en San Luis Potosí por el avance de Mejía, se dirigió al Saltillo creyendo que Vidaurri formaría otro ejército, que como el de 1858, que había puesto en jaque á la reacción triunfante, podría resistir con algún éxito á los invasores.

No sólo no fué así, sino que la permanencia de D. Benito Juárez en el Saltillo estuvo muy distante de ser tranquila y dilatada. Como su gobierno no disponía de muchos recursos á causa de la guerra, determinó que las rentas federales que por concesión especial ingresaban á la tesorería del Estado de Nuevo León y Coahuila, quedasen desde luego á la disposición del gobierno en ge-

neral. D. Santiago Vidaurri á quien no convenia semejante disposición, prescindió de arreglar el asunto oficialmente, como correspondía, y por medio de una larga carta particular dirigida al Presidente, trató de que se revocase aquella medida.

Lo que en realidad había era que el Gobernador de Nuevo León y Coahuila habíase acostumbrado ya á ser casi independiente en su territorio y no podía ver con buenos ojos que el gobierno general fuera á establecerse á su Estado y le quitase no sólo las rentas federales, que eran pingües por razón de que todo el algodón del Sur de los Estados Unidos entraba al país por Piedras Negras y se exportaba por Matamoros á causa del bloqueo de Nueva Orleans, y demás puertos; sino también las rentas locales, de las que el Centro en aquellas circunstancias podía también disponer, no obstante que el Estado de Nuevo León y Coahuila era uno de los que no habían sido declarados en estado de sitio y, por consiguiente, aún regía en él el orden constitucional.

Creyéndose suficientemente fuerte Vidaurri para resistir á Juárez, previno á todas las oficinas recaudadoras, inclusa la Aduana de Piedras Negras que era federal, que no obedeciesen otras órdenes que las suyas. El Administrador de esa aduana, que era fiel servidor del gobernador de Nuevo León, obedeció esta disposición al pie de la letra y en ese sentido contestó á D. José María Iglesias, Ministro de Hacienda.

El gobierno extrañó con justicia, esa resistencia á su autoridad y ya con energía se dirigió á Vidaurri. "La contestación exigida vino, dice el Sr. Iglesias (1) en efecto, bajo dos distintas formas: en una comunicación oficial y en una segunda carta particular. La primera llena de fraseología incoherente y punto ménos que incomprensible; dejaba entrever, aunque no lo decía por lo claro, que no serían obedecidas las órdenes supremas. La segunda era más explícita: contenía ya amenazas formales contra el gobierno: descendía á puntos enteramente inconexos con la cuestión pendiente, y hasta tal extremo destemplados, que casi indicaban en quien descendía á ese extremo, un estado de perturbación mental."

Juárez resolvió trasladarse á Monterrey "para entenderse directamente con el funcionario rebelde," dice el mismo autor; pero su designio seguramente que no nada más fué ese, supuesto que le precedían mil quinientos hombres que Doblado llevó desde Guanajuato por orden del gobierno y que le seguía muy de cerca la división del general Antillón, fuerte en dos mil hombres.

Vidaurri mandó quitar los cañones que en la plaza de Monterrey tenía Doblado para saludar á su llegada á Juárez, é hizolos guardar en la ciudadela, además de arrestar á los artilleros, dando

(1) *Revistas Históricas*, tomo II, pág. 251.

con motivo de estos procedimientos la alarma que la presencia del ejército causaba en la población. Juárez, disgustado por esto, hizo que lo siguiera la fuerza de Antillón, y después de no pocas conferencias y dificultades entró aquel á Monterrey la mañana del 12 de Febrero de 1864; recibieron el gobierno, el Ayuntamiento y las autoridades; pero no el gobernador que encerrado con su tropa en la ciudadela, contestaba á todos los recados que se le enviaban, diciendo que mientras no saliesen de la ciudad sus tropas nada se arreglaría.

Al fin en una conferencia entre él y Doblado, éste convino, sin autorización del gobierno, en salir de Monterrey con su fuerza con el pretexto de esperar al jefe imperialista D Tomás Mejía que se aproximaba. Juárez, aunque desaprobó lo hecho, no tuvo más remedio que conformarse con ello pero insistió en hablar con Vidaurri ofreciéndole que después de la conferencia daría la orden de que saliera Antillón con su fuerza; mas el gobernador, que ya contaba con las fuerzas de Quiroga é Hinojosa, contestó que si en el acto no salían de la ciudad (día 14) los soldados de Guanajuato, los haría salir al día siguiente por la fuerza de las armas.

A Juárez le faltó la energía suficiente para despreciar la amenaza ó temió que su tropa quedase derrotada, lo cierto es que hizo salir para el Saltillo á la fuerza y mandó decir á Vidaurri que lo

iría á ver; éste se adelantó y se presentó en el alojamiento del Presidente: la conferencia no dió resultado alguno, pues el gobernador creyéndose más poderoso de lo que en realidad era, no se prestó á ningun arreglo, y D. Benito Juárez que no se consideraba seguro en la capital de Nuevo León, juzgó más conveniente regresar al Saltillo, donde le acometió una aguda enfermedad, debida acaso á las desazones que le causaron los sucesos de Monterrey. Convaleciendo de ella, expidió un decreto separando de Nuevo León á Coahuila y erigiendo á ésta comarca en Estado libre, con el fin de amenguar el poder y la influencia de Vidaurri. En cuanto á éste, se le previno que se presentase en Saltillo para que fuera juzgado por el delito que había cometido.

La guerra civil en el Norte iba á estallar pues no era creíble que Juárez se conformara con la humillación que se le había hecho, ni que Vidaurri, creyéndose poderoso en la frontera, fuera á presentarse á Saltillo como reo. El gobierno llamó á los generales Patoni, de Durango; Uraga, de Jalisco y González Ortega de Zacatecas, etc., para que unidas sus fuerzas á las de Doblado marchasen sobre Monterrey; el Gobernador de Nuevo Leon por su parte destacó por el camino de Saltillo á Quiroga y convocó á un plebiscito para que los pueblos votasen por la intervención ó por la República.

Juárez recurrió á sus decretos de costumbre,

aunque justificados esta vez, declarando⁷ cómplices de la traición de Vidaurri á todos los que obedeciesen á éste ó sus órdenes y tuvo la satisfacción de ver que los habitantes del Estado se abstuvieran de votar. Este mal resultado, unido á la inferioridad de las fuerzas que obedecían al Gobernador de Nuevo León, ante las que Juárez había acumulado en Coahuila para combatirle, hicieron que aquel, deponiendo su orgullo, buscase la manera de dar solución pacífica al conflicto que había surgido; pero no consiguiéndolo y viéndose, además, abandonado de muchos parciales suyos, salió de su Estado y atravesando el río Bravo, se refugió en Texas con la mira de allegar recursos y volver á combatir á Juárez, como en efecto lo hizo. Entretanto, el día 3 de Abril se establecía en Monterrey el gobierno republicano.

Pero la intervención avanzaba y á pesar de los armamentos que en los Estados Unidos hizo Juárez, tuvo que salir de Monterrey, pues por un lado lo amenazaban las fuerzas intervencionistas y por otro los vidaurristas se estaban volviendo á alzar contra él, al verlo casi sin soldados desde la derrota de Doblado en Matehuala. El 15 de Agosto salió de la capital de Nuevo Leon el poder Ejecutivo, pues los otros poderes habían desaparecido desde San Luis y muchos hombres notables de la República habían emigrado á los Estados Unidos.

Cuando Juárez salió, ya la mayoría de los Es-

tados no tenían gobierno republicano; los ejércitos de la república no existían y sólo quedaban cortas partidas de ellos; los principales generales ó habían emigrado ó se habían retirado á las montañas ó algunos se habían sometido, y la intervención imperaba en la mayor parte del país. Y sin embargo Juárez seguía creyendo que él representaba la legalidad y que con él iba la República, aun cuando veía claramente que ya no contaba con la opinión pública, que los mismos republicanos lo veían con prevención, que era muy remoto ó muy peligroso que de fuera le llegase algún auxilio. Llegó á dudar del buen éxito final de su empresa (1), y entonces, si realmente era sincero patriota, hubiera sido una gloria para él saber retirarse á tiempo para dar paz á su patria y dejarla que se constituyese.

Pero llevado del carácter de su raza, llegó á figurarse que la Nación era él, y con los pocos que le quisieron seguir, se lanzó al desierto para ser desde allí el centro de la guerra civil y combatir al orden de cosas establecidas en México, orden que desde el momento en que imperó en la mayor parte del país y fué obedecido, debe llamarse gobierno.

Por el camino de Parras llegó Juárez á Mapi-

(1) D. Benito Juárez, por ese tiempo, hizo embarcar en Tres Brazos, con dirección á Nueva Orleans, á su familia. A su tiempo mencionaremos otro hecho más significativo.

mí, pero la derrota que sufrieron sus fuerzas en Majoma, le hizo dirigirse á Chihuahua á cuya ciudad llegó el 12 de Octubre.

Allí pudo permanecer tranquilo algún tiempo, pues las fuerzas francesas creyeron más conveniente avanzar para Sonora y Sinaloa que para Chihuahua. Y en efecto, dados los acontecimientos militares, habiendo acabado con el ejército y la organización republicana, la permanencia del jefe del ejército republicano en aquella lejana ciudad no podía inspirar ningún temor al imperio que podía aun abrigar la ilusión de que Juárez decepcionado ó se sometiese al avance de cualquiera fuerza imperialista, ó, lo que presentaba mayores probabilidades de éxito, se internase en los Estados Unidos, con lo que, quedando resuelta la cuestión política, Maximiliano no tuviese ya más preocupación que consolidar su imperio por medio de la unión de los mexicanos.

Pero no fué así: si alguna vez Juárez tuvo la idea de salir del país, la abandonó al ver que el gobierno de México no caminaba tan tranquilamente como hubiera deseado y que apenas establecido ya se manifestaban las causas que debían acabar con él á vuelta de poco tiempo.

Por otra parte, la Guerra separatista que estuvo á punto de dividir los Estados Unidos ya no era tan formidable como en los años anteriores: aunque todavía tenía bastante fuerza, ya se podía prever que el Norte quedaría triunfante y que

de ella no surgiría la nueva nación que veían con simpatía los países europeos y á la cual habían ayudado tanto moral y aun materialmente. Y de su triunfo á volver á pretender ser director de los países de América no había ninguna distancia. Juárez esperaba fundadamente que el Norte vendría en su ayuda al terminar la lucha, si bien á veces, cuando pasó tantos días olvidado en Pas^o del Norte, hasta esa esperanza empezó á vacilar y los ratos más amargos que sufrió fueron aquellos en que se imaginó que, por cualquier motivo, los Estados Unidos podían llegar á reconocer el Imperio de Maximiliano. Entonces hizo toda clase de promesas, como más adelante veremos.

Para distraer el tiempo en Chihuahua y como un intento desesperado para hacerse de recursos y para hacer ver que todavía combatía, Juárez dispuso que su ministro de la guerra, Gral. D. Miguel Negrete, fuera á expedicionar por Coahuila y Nuevo León y á amagar al puerto de Matamoros, puerto importante por los derechos que su aduana producía entonces, y por el cual, además, podían recibir los republicanos las armas y recursos que consiguieran en los Estados Unidos.

Pero Negrete no pudo tomar á Matamoros ninguna de las dos veces que lo intentó y al fin perdió todos los elementos de que disponía en una retirada desastrosa, que le acarreó, á su regreso de Chihuahua, un grave altercado con D. Sebastián Lerdo de Tejada.

Hubo, pues, necesidad por entónces de prescindir de campañas lejanas ya que no había recursos ni gente con que hacerlas y dejar á que el tiempo diese solución á la cuestión política que se agitaba en todo el país.

IV

Ya que hemos seguido paso á paso la peregrinación del Presidente de la República, ocupémosnos de lo que hacía, entre tanto, el Vice-Presidente.

El General D. Jesús González Ortega, que a pesar de su carácter de Presidente Constitucional de la Suprema Corte de Justicia, se encontraba desempeñando el gobierno de Zacatecas, al tener noticia de los convenios de la Soledad y de los sucesos que le siguieron, dejó su Estado y se presentó en México, y entró en campaña después de la acción del 5 de Mayo, con seis mil hombres, la mayoría de los cuales había traído del interior del país; á las órdenes de Zaragoza se movió hacia el Oriente, fué sorprendido completamente por los franceses en el cerro del Borrego, con lo que se frustró el ataque sobre Orizaba ordenado por aquel general para el 14 de Junio de 1862. Después de este suceso desgraciado, permaneció con el ejército republicano en la más inexplicable inacción y sin intentar ningún combate, no obstante la superioridad numérica sobre los

franceses, cuidando solo de ocupar el camino de Puebla. (1).

Guardando esta situación falleció Zaragoza el 8 de Septiembre y González Ortega, que quedó con el mando en jefe del ejército de Oriente, tampoco procuró salir de ella, no obstante lo anómalo que era, y dió lugar á que llegando nuevas tropas francesas á las ordenes del general Forey, éste tomase la ofensiva, subiese á la Mesa Cental y marchase sobre Puebla á cuya vista llegó en los primeros días de Marzo de 1863. Esa larga permanencia en la inacción del ejército mexicano, cuando con algunas probabilidades de éxito podía haber atacado á los franceses en Orizaba, no sabemos cómo será juzgada por los peritos imparciales en el arte de la guerra; por nuestra parte, creemos que indica de parte de los generales Zaragoza y González Ortega, muy poca resolución, ménos pericia aún ó mucha desconfianza en obtener un triunfo, bien que en aquella situación era preciso batirse aunque no se tuviesen esperanzas de alcanzar una victoria.

El sitio de Puebla puso de manifiesto la bravura mexicana que defendió decididamente durante sesenta y tantos días á esa ciudad; pero no recomienda mucho la pericia del general que perdió allí todo su ejército y que ni siquiera intentó rom-

(1) El ejército mexicano que estaba al mando de Zaragoza se componía de 14,000 hombres y el de Lorencez á pesar de los refuerzos recibidos era de poco más de 8,000.

per el sitio cuando aun tenía algunas probabilidades de hacerlo y como opinaban, con razón, los generales Berriozábal, Llave, Antillón y otros. Bien es cierto que no recomienda tampoco la pericia del gobierno que dejó al mejor ejército de que disponía encerrarse dentro del recinto de una plaza para caer con ella.

Terminado el sitio, González Ortega quedó prisionero de los franceses quienes lo condujeron á Orizaba, de donde se fugó é invitó á muchos subordinados suyos á que lo imitasen, y como se había negado á firmar documento alguno que coartase su libertad de volver á combatir á los franceses, se dirigió á San Luis Potosí, por Tullancingo y Pachuca, para seguir prestando sus servicios al gobierno republicano. En la hacienda de la Quemada vió su vida en grave peligro á consecuencia del motín de una parte de la escolta que lo acompañaba á él y á los generales Llave y Patoni, motín que tuvo por objeto apoderarse de quinientas onzas de oro de la propiedad de González Ortega y que llevaba en esos momentos Don Ignacio de la Llave, que murió á consecuencia de las heridas recibidas. Patoni y González Ortega se salvaron á uña de caballo y consiguieron llegar á San Luis Potosí, donde se encontraba el gobierno.

Ahí no hizo papel importante ninguno, no obstante su alto carácter de vice-presidente de la República, no se le dió mando militar, ni se le

dijo que organizara la Suprema Corte, como parecía natural que se le indicara, dados los elementos que para ello aún había en San Luis y se procuró que se fuese á Zacatecas donde era Gobernador constitucional. Algunos días después estuvo á punto de incorporarse Ortega, con las fuerzas que mandaba, al ejército mexicano reunido entre San Juan del Río y Querétaro y que tenía por objeto disputar á los franceses el paso para el interior del país; pero la paulatina disgregación que sufrió ese ejército, así como la muerte de D. Ignacio Comonfort que iba á mandarlo, hicieron que ya no se intentara detener las columnas francesas y que González Ortega permaneciese en Zacatecas, donde pudo sostenerse algún tiempo después de que Doblado tuvo que evacuar Guanajuato. (Diciembre de 1863)

El mes siguiente, ambos generales dirigieron á Juárez una carta en la que le indicaban la conveniencia política de que renunciase la presidencia, con motivo del decreto de que hemos hablado en páginas anteriores; fué entonces cuando Juárez escribió aquellas palabras en que se calificaba á González Ortega de desertor y no sabemos cómo éste las dejó pasar en silencio, pues es indudable que tuvo conocimiento de ellas por Doblado. En la misma carta, el presidente negaba á Ortega el carácter de vice-presidente y tampoco hizo alto en ello éste, acaso porque no se dijese que tenía ambición personal y que á to-

da costa quería llegar á ocupar la presidencia.

De todos modos, aunque en lo particular quedase bastante resentido con Juárez por aquella carta, no sólo no dió muestras de ese resentimiento en público, sino que siguió prestando su ayuda al gobierno republicano; no así Doblado que desde entonces decidió abandonar la causa pública y expatriarse, no obstante los servicios que prestó á ese gobierno durante sus desavenencias con Vidaurri en el Saltillo, y en las que como siempre, observó una conducta equívoca.

González Ortega permaneció en Zacatecas hasta que la llegada del general, francés, Douay, á Aguascalientes lo hizo moverse: salió de aquella ciudad en los primeros días de Febrero de 1864 y se dirigió rumbo á Guadalajara por los partidos del Sur, llegando hasta la hacienda de Pinos Cuates en Tlaltenango; temiendo sin embargo, no poder llegar y quedar cortado, retrocedió pasando por Colotlán y Jerez hasta llegar á Fresnillo en principios de Marzo, sin que sus fuerzas sufriesen algún descalabro. De Fresnillo continuó su marcha por Sierra Hermosa y llegó á Salinas de Peñón Blanco; frustrada la combinación hecha con Doblado que se hallaba en el Saltillo, regresó de Salinas por Villa de Cos á Río Grande donde permaneció todo el mes de Abril; pero urgiendo al gobierno tener fuerzas en Coahuila á causa de la actitud de Vidaurri, llamó á González Ortega, quien llegó al Saltillo el 25 de Julio con sus tro-

pas. Cuando las fuerzas francesas amenazaron á Coahuila y Nuevo León, el jefe republicano que contaba con dos mil hombres y catorce piezas de artillería, mandó situar una fuerza á las órdenes del general Alcalde, en el paso de la Angostura, para la defensa de aquel punto que creía importante, y contener, si podía, el avance del enemigo, mientras Juárez salía de Monterrey; pero por una parte el hábil movimiento del general Castagny que flanqueó el paso, y por otra los movimientos de D. Julián Quiroga y de D. Indalecio Vidaurri que amenazaban á Monterrey, hicieron que ya no se diese la batalla y que el Gobierno republicano pensase dirigirse á Chihuahua por el desierto.

Juárez por sus reyertas con Vidaurri había retirado del interior del país algunos miles de soldados que hacían falta para la defensa contra los franceses, (1) y al fin tenía que retirarse de Nuevo León sin haber podido someter al rebelde que se había atrevido á rebelarse contra su poder, y después de haber perdido esos miles de hombres que desaparecieron quedando apenas unos cuantos mandados por González Ortega, que aunque despreciado por el presidente, seguía protegien-

(1) Durango cayó en manos de los franceses por causa de Juárez que ordenó á Patoni que fuese á Chihuahua á hacer que se obedeciese la declaración de sitio del Estado, declaración con la que no estaba conforme del todo el gobierno local. Durante la ausencia de Patoni y sus fuerzas, llegaron los franceses á Durango.

do á éste y sirviendo lealmente á la causa republicana.

El Presidente de la Suprema Corte hizo abandonar el paso de la Angostura y después de reunir sus fuerzas, muy disminuidas, salió del Saltillo el 16 de Agosto y se reunió á los soldados que escoltaban á Juárez en el camino de Capellanías hoy) Ramos Arizpe): esta reunión hizo que se retiraran los guerrilleros de Quiroga que venían desde Monterrey hostilizando á D. Benito Juárez y á su escolta. Caminaron juntos ambos funcionarios por Mesillas, Anhele, Parras (donde por poco son víctimas de un motín) y Hacienda de Santa Rosa, donde se separaron, siguiendo Juárez para Nazas y González Ortega (que tenía ya el cargo de Comandante de Zacatecas, S. Luis Potosí y Durango), abrió la nueva campaña, simulando dirigirse sobre la Capital de este último Estado.

Unido al general Patoni llegó hasta la Hacienda de la Taponá; á marchas forzadas se dirigió á San Miguel del Mezquital, donde tuvo noticia de que una columna francesa procedente de Durango, se dirigía en su busca; inmediatamente se puso en marcha para Sombrerete; pero alcanzado por la columna se detuvo á tomar posiciones para el combate en el punto de Majoma, nombre con que es conocida esa batalla (21 de Septiembre), á la que concurrió con el carácter de Ministro de la Guerra, pero sin tener el mando en jefe, el general D. Miguel Negrete. Esa batalla, en la que que-

daron derrotados los restos del ejército republicano, acabó con la resistencia que en el Norte del país se hacía al Imperio y fué la última notable que se dió en la campaña de ocupación.

El mal éxito de aque la acción, así como la ocupación del puerto de Matamoros por los imperialistas al mando de D. Tomás Mejía, y la dispersión del último ejército de que Juárez disponía, unidos á las constantes adhesiones de militares republicanos al Imperio, sembraron el desaliento entre los constitucionalistas más decididos, haciendo que unos volbiesen á la vida privada, otros se radicasen en el extranjero, y sólo unos cuantos, que se llamaron después *inmaculados*, ni transigieron ni abandonaron la causa republicana.

González Ortega fué de los últimos en sentirse desalentado, no obstante que casi en los últimos días de su permanencia en Monterrey había dado Juárez una nueva muestra de su afán de nulificar á aquél y desconocer su carácter legal, así como de sus intenciones de perpetuarse en el poder. Los dos incidentes que vamos á referir pintan perfectamente al hombre y obligan al narrador imparcial á compararlo con aquel á quien veía como rival suyo. Juárez, el hombre de letras, el abogado acostumbrado á administrar justicia y que aseguraba siempre no tener ambición, no pensaba en otra cosa que en asegurarse en el poder, real ó ficticio que ejercía; en tanto que González Ortega, el hombre ignorante, el tinterillo acos-

tumbrado á hacer chicanas, el soldado de fortuna, el político improvisado, y al que debía creerse lleno de ambición, se portaba lealmente, se batía como sabía, no intrigaba ni demostraba ambición de ninguna clase y jamás puso un solo obstáculo á Juárez. ¡Qué diferencial!

V

Vamos á relatar esos incidentes, ocurridos en Monterrey.

En Julio de 1864 Juárez trató de organizar la Suprema Corte de Justicia, no sabemos con qué objeto, pues debía comprender que su situación era más precaria en Monterrey que en San Luis; y sin embargo, en esta última ciudad no lo intentó. El señor Iglesias, en sus *Revistas*, no da la razón por qué se trató de reinstalar ese Tribunal, limitándose á decir que para procurar la reunión de las autoridades supremas en los ramos Legislativo y Judicial, se habían dictado las providencias que se estimaron convenientes.

D. Benito Juárez, por medio de una simple circular, ordenó la reinstalación de la Suprema Corte; en ese documento refería que en 18 de Diciembre del año anterior había autorizado á los individuos que la componían, para que escogieran el lugar de su residencia mientras se fijaba el punto donde se instalarían los poderes federales, y terminaba declarando "quiénes eran los magistrados